



Sargento Fernández y González, el "Dumas" de la novela española

Vino al mundo en la enfermería de un cuartel. Murió en una misera buhardilla. Fue aclamado por las gentes de su época como un ídolo viviente, y de él se dijo que después de Lope había sido el más prolífico autor de la lengua castellana.

A HORA hace un siglo: En la mañana del 7 de diciembre de 1888, un cortejo fúnebre pasaba por una estrecha calleja del barrio madrileño de Las Maravillas. Al carro, que portaba un sencillo féretro forrado de percal negro, seguían en pintoresca procesión, un grupo de caballeros tocados con chistera y embutidos en levita de riguroso luto, algún viejo militar decorosamente vestido a medias de paisano y de uniforme, y en bien nutrida representación de mendigos y bohemios de la capital. Eran la comisión del Ateneo, los compañeros de armas, y algunos de tantos menesterosos y preteridos de la fortuna que en otro tiempo mitigaron sus ayunos merced a la generosidad del muerto.

D. Manuel iba ya camino de la fosa común del cementerio de S. Justo. Atrás quedaban sus más de 400 títulos de novela y de teatro, el insólito anecdótico de una vida romántica, y la hja de servicios de un sargento primero de Caballería, liberal, arriscado y bonachón.

Manuel Fernández y González había nacido en Sevilla el 6 de diciembre de 1821. Hijo de un militar liberal, que tanto conoció la cárcel por ideología como el cuartel por oficio. Recibió una completa educación en Granada, donde pasó su infancia y juventud. Y a los 18

años de edad sentaba plaza como soldado en el regimiento de su padre, ya capitán, perteneciente al arma de Caballería y a la guarnición granadina.

Hijo de un capitán de Caballería que tanto conoció la cárcel por su ideología como el cuartel por su oficio.

Durante su permanencia en Andalucía, el joven Manuel Fernández, sargento desde 1843, recorrió la sierra y comarcas aledañas en misiones de escolta y persecución de bandoleros; conocimientos estos que muy pronto habrían de verse reflejados en sus novelas. Pero el sargento Fernández no sólo atendía los deberes castrenses, sino que alternando con ellos obtuvo las licenciaturas de Filosofía y Derecho, publicando, desde su ingreso en el ejército, cuatro excepcionales obras de narrativa y una de teatro, que fue estrenada con éxito en Motril.

Como un meteoro irrumpió el sargento Fernández en el ambiente literario de Granada. La tertulia "El látigo", que dirigía Ruiz de Alarcón, le acogió con todos los honores; y de aquél pedestal saltó el flamante

sargento primero a la capital de España, donde ya era conocido por su portentoso ingenio.

En Madrid se define Manuel Fernández como el maestro del folletín. Los editores más prestigiosos se disputan sus producciones para imprimirlas y distribuir bajo la forma de novelas por entregas. Es el año 1848, y recién casado, y con abundante trabajo de por medio, el sargento primero de Caballería decide solicitar la licencia en el ejército para dedicarse por entero a la producción novelística.

Uno tras otro, a zancadas de gigante, va subiendo Fernández los peldaños de la fama. En un año se publican 30 novelas con su firma, se representan 5 dramas en otros tantos teatros de Madrid, y recitan en círculos sociales y literarios numerosas composiciones poéticas de notable calidad. Los editores Manini y Guijarro le pagarán lo bastante para hacerlo millonario. Pero su vena bohemia le divorció con los números en irreconciliable antagonismo.

La vida pública del genial novelista fue, por lo pintoresca y original, motivo de comentarios y novedades mientras estuvo en auge la novela por entregas (1850-70). Solía dictar a sus amanuenses durante cuatro o cinco horas por la mañana y

Como un meteoro irrumpió el sargento Fernández en los círculos literarios granadinos.



otras tantas por la tarde. Su desayuno consistía en una copa de fino champán francés, del que se hallaba bien provista la bodega de su hotelito del barrio de Argüelles. A lo largo de la jornada producía cuanto eran capaces de anotar los secretarios; normalmente dos, entre los que figuró Blasco Ibáñez; y entre parto y parto de su fecunda imaginación, acababa por apurar totalmente la botella, que iba a parar al suelo juntamente con los borradores imperfectos.

Almorzaba a las seis de la tarde en el café Oriental, junto a la Puerta del Sol. Pero antes había llegado su cochero, que entraba en la casa y daba de comer a los numerosos perros y gatos que pululaban por las distintas piezas del inmueble. Tomaba seguidamente la berlina, marcada en la portezuela con las iniciales M.F.G.; y arreando a la yegua "Pastora", comenzaba la fase mercantil del día: Visitaba al editor, le entregaba los originales de la jornada, y en el acto recibía los 50 duros ¡mil reales! estipulados en el contrato. Desde allí todo era ya visitas a teatros, tertulias y tabernas; hasta alcanzar la madrugada sólo con los dos duros de asignación a la sufrida parienta.

Entre los lugares que frecuentaba con mayor asiduidad el novelista, destacó lo que él llamaba "El ágora de la fraternidad", un sotobanco próximo al cuartel del Conde-Duque donde se reunían a retreta los sargentos de Caballería. En aquél círculo de la amistad castrense era él un parroquiano más, aunque llegase como un general, con coche propio. Ceremoniosamente brindaban todos los asíduos por las glorias de la patria, y a continuación repasaban en alegre camaradería las peripecias más sonadas de la política y del mundo militar. Mientras tanto, caían algunas frascas de tintorro; y cuando el cochero estimaba que su amo había llegado al punto, levantaban la sesión, despidiéndose cortesmente de la parroquia en pleno.

Tras cenar frugalmente en el café Inglés con la flor y nata de la

Frecuentaba una taberna en la que se reunían a la hora de retreta los sargentos del cuartel del Conde-Duque.



La obra de Fernández sigue siendo un fenómeno del ingenio humano que no ha vuelto a repetirse.

intelectualidad, giraba visita al foco del hampa. Recorría las cuevas y tascas de la zona de Cuchilleros, donde lo más granado de la briba le aguardaba para acabarle de desinflar la bolsa. Pero eso sí, a cambio de hacerle confidente de todas las malandanzas y delitos cometidos en la capital. Con este caudal de información, recogida in situ de los protagonistas, recalaba D. Manuel por su domicilio a las dos o las tres de la madrugada, con una media cogorza por capote y los dos duros reglamentarios para su mujer.

Un buen día de 1867 dejó D. Manuel de asistir a los habituales lugares de reunión; y a las pocas horas era noticia en todo Madrid

su "escapada" a París con la bella estanquera que habitualmente le abastecía de tagarninas y palmitos. Había dejado una pensión a su esposa, y durante años vivió holgadamente en la capital francesa, donde alternó con los Dumas, padre e hijo, y otros maestros del folletín.

Nuevos gustos en la literatura vinieron a frenar el éxito de la novela por entregas tanto en Francia como en España, y después de la Primera República era difícil hallar aquí un editor que se atreviese a invertir en un fascículo. Manuel Fernández, generoso e imprevisor, se vio nuevamente en Madrid con poco más de lo puesto, después de haber ganado una fortuna en pocos años. No obstante, siguió malviviendo de la literatura. Su última novela fue "La reina de los gitanos", y dejó sin terminar "Juan Caballero o los hijos del camino".

Cuéntase como anécdota final de su existencia, que ya imposibilitado en la buhardilla que ocupaba, llegó a visitarlo el escritor Sánchez Miguel; y al verlo convertido en una ruina humana, tendido en el suelo sobre un jergón de tropa, le preguntó en tono de falsa jovialidad: "¿Pero qué es esto, D. Manuel?" A lo que respondió el ilustre enfermo con gran entereza y serenidad de espíritu: "Esto es, que va usted a ver cómo muere un hombre". Y como si realmente quisiera demostrar la templanza de su espíritu, falleció de allí a los pocos instantes con la paz y resignación de un bienaventurado. El viejo sargento, íntimo del escritor, y Sánchez Miguel, le amortajaron; y al día siguiente encabezaban la comitiva del duelo.

La ingente obra de Manuel Fernández y González sigue siendo un fenómeno del ingenio humano que no ha vuelto a repetirse. Hoy en el centenario de su muerte, esta breve semblanza biográfica pretende ser un homenaje al más ilustre de los sargentos por sus compañeros los suboficiales de un siglo después. •

M. Parrilla Nieto